



# MISIONEROS DE LA CONSOLATA

El Superior General



**“¡Sentirse como en casa!”**

## Aniversario de la Fundación del Instituto

29 de enero de 2021

*"La experiencia de la comunidad, que he vivido toda mi vida, quiero aplicarla al Instituto. Por lo tanto, tengan el espíritu de los Misioneros de los Consolata en sus pensamientos, palabras y obras".*

*"... Volvamos a seguir adelante el camino de nuestra santificación, bajo los ojos de nuestra Madre la SS.ma Consolata". (Beato Giuseppe Allamano)*

Queridos misioneros, amigos, familiares, bienhechores, según la tradición, el 29 de enero recordamos el aniversario de la Fundación de nuestro Instituto. Este aniversario llega en un momento particular de nuestra historia marcado por la pandemia de Covid-19. Además, el 29 de enero queremos comenzar el Bienio *"de atención a la persona en su integridad humana, espiritual y misionera"* (cf. *Actas del XIII CG, n. 33*).

La situación particular que estamos viviendo en todo el mundo y el lanzamiento del Bienio a nivel del Instituto son una oportunidad para apoderarnos de nuestras vidas, de nuestro sentido de pertenencia a la comunidad y de nuestra misión.

*"Nos damos cuenta de que redescubrir el sentido de pertenencia al Instituto, los valores de nuestra familia y el sentido de identificación con el carisma es de vital importancia para vivir bien y felizmente nuestra vocación como apóstoles, como las figuras de la beata Irene Stefani y de otros misioneros y misioneros nos lo han testimoniado con el don de sus vidas"* (*Actos del XIII CG, n. 18*).

Sin dudas muchos pensamientos nos habitan en este momento complicado y particular. A mí personalmente, aprovechando el aniversario de la Fundación, me gustaría llamar la atención sobre la recuperación del significado de sentirse como en casa, de sentir al Instituto como nuestro propio hogar, "mi hogar". Sólo si "nos vestimos" de nuestra casa, sólo si "domamos y casamos" nuestra casa, con las personas que la habitan, podemos sentirnos realizados y felices y ... ¡Entonces también seremos capaces de cambiar!

Cada vez que asisto a una reunión, una conferencia, un día de estudio sobre temas relacionados con el hombre o la sociedad, o escucho a un superior de comunidad y circunscripción aparecen algunas palabras, siempre las mismas: individualismo, soledad, falta de relaciones, dificultad para construir

una comunidad real y auténtica. Estos conceptos se repiten ya sea que estemos hablando de jóvenes o ancianos, personas sanas o enfermos, en las diferentes situaciones culturales.

Desde luego, hay mucha verdad en todo esto. Hoy en día, nuestra sociedad corre el riesgo de promover un cierto individualismo que genera soledad, malestar, egoísmo y esto también está presente en nuestras comunidades.

Sin embargo, no cabe duda de que la persona humana está hecha para la dimensión comunitaria; toda persona necesita dar amor y recibir amor, ser comprendida y acogida, cuidar y ser cuidada.

La regla de la comunidad es el amor, el bien del otro. El bien de los demás nunca es malo para mí; el bien es bueno, siempre y para todos. La dimensión comunitaria es una riqueza, en todas las circunstancias. Las cosas que se hacen juntos son más bellas, más ricas, más variadas, más divertidas, más efectivas y atractivas que cualquier otra cosa. La comunidad necesita a todos, todos son importantes y en esta importancia redescubrimos nuestra belleza.


Nuestro Dios es una comunidad, una familia compuesta por tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: la Santísima Trinidad.

Sin embargo, todos sabemos que la vida comunitaria tiene un precio, no es del todo espontánea. Si queremos disfrutar de los beneficios de vivir juntos, debemos estar dispuestos a hacer morir una parte de nosotros, a renunciar a algunos de nuestros deseos, a una parte de nuestros proyectos; la comunidad necesita paciencia, silencio, pasos atrás, capacidad de disculparse, tanta humildad. Sólo muriendo se puede resurgir. La comunidad es un lugar, tal vez el único lugar, donde se puede experimentar a la vez la muerte y la resurrección, la fatiga de la cruz, pero también la alegría, el brillo, la frescura, el aroma del renacimiento, de una vida nueva. Una comunidad real es también una riqueza para otras personas, para aquellos que están fuera de la comunidad; es una fuente capaz de quitarles la sed también a los que se le acercan sedientos e intrigados; el amor y la luz que nacen de una comunidad calientan e iluminan el frío de muchas tinieblas. Todos podemos ser constructores de la comunidad: este sería el mayor trabajo que podemos hacer.

Y, tal vez, algo como esto debe haber percibido Juan, un hombre pobre al que ayudamos en las Navidades de hace unos años. Cuando Santa Claus sacó los paquetes, Juan se acercó al voluntario sentado a su lado, casi burlándose de sí mismo. "Nadie me conoce, silbó entre los dientes, para mí no hay regalos". Pero cuando el último regalo emergió del saco con el nombre "Juan", los ojos de ese hombrecito, endurecido por la vida en la calle, se llenaron de lágrimas: "Esto, dijo, debe ser el regalo de Dios, porque sólo Dios conoce mi nombre".

La esperanza, la oración, la invitación que os hago a todos es que podamos vivir este aniversario de la Fundación recuperando nuestro sentido de pertenencia, para sentirnos parte de él, protagonistas de nuestra familia, de nuestra comunidad, conocidos y llamados por nuestro nombre, constructores de un Instituto cada vez más "nuestro", cada vez más "mi hogar".

Para cada uno y para todos: ¡Feliz fiesta de la Fundación. ¡ Coraje y adelante *in Domino!*

  
P. Stefano Camerlengo, IMC  
*Superior General*



Roma, 21 de enero de 2021  
*Fiesta de la conversión de S. Pablo*